

MADS PEDER

NORDBO

LOS CRÍMENES DEL ÁRTICO



MADS PEDER NORDBO

LOS CRÍMENES
DEL ÁRTICO

Traducción de Enrique Bernárdez Sanchís

Título original: *Pigen uden hud*

© Mads Peder Nordbo og JP/Politikens Hus A/S 2017

© por la traducción, Enrique Bernárdez Sanchís, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: septiembre de 2019

ISBN: 978-84-08-21409-0

Depósito legal: B. 15.788-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Nuuk, 7 de agosto de 2014

El coche rojo salió de la nada, y en ese mismo instante su guardabarros delantero golpeó el Golf; ambos vehículos salieron de sus carriles y se estamparon uno contra otro. El Golf azul volcó mientras el viejo Mercedes daba con el capó en el asfalto y se ponía vertical, como una lata vacía. La violencia de un nuevo golpe con la parte trasera del Golf hizo que el Mercedes rojo se viera arrojado de nuevo a la carretera, donde descargó todo el peso sobre el techo azul. El Golf quedó aplastado y doblado por el lado derecho, mientras que el izquierdo resistió. El viejo Mercedes continuó su caída y chocó contra el guardarraíl con tal fuerza que parte de la barrera metálica se desencajó y desgarró el costado del coche, levantando una parte de éste. El motor se había apagado, todos los sonidos habían desaparecido. En el Mercedes, un hombre chillaba con fuerza. Sin palabras. Sólo gritos. En el Golf, un hombre pálido miraba fijamente los ojos de una mujer, aplastada entre el techo hundido y el suelo deformado. El hombre había quedado atrapado entre el asiento, el cinturón y un airbag silbante. El airbag del asiento de la mujer había desaparecido. Re-

ventado y vacío. El hombre sangraba por varias heridas en la cabeza. La mujer sangraba sobre todo por dentro. Él extendió la mano hacia ella, pero la mujer no la cogió. Su cuerpo estaba flácido. Su último suspiro se acercaba. La tierra, bajo ellos, no era sino una estrecha franja. El hombre acarició la mejilla de la mujer, que tenía los ojos aún abiertos, fijos en los de él. Encogidos sobre sí mismos, enseguida todo se deshizo y empezaron a apagarse. Se iban. El hombre acarició el vientre de la mujer. El vientre hinchado. La niña. La criatura que había allí dentro. Los ojos de la mujer se desvanecieron. Todo desapareció.

Matthew se quitó la manta con un grito. Tenía la camiseta empapada de sudor y pegada al cuerpo. Soltando un murmullo desde lo más profundo del pecho se la quitó y la tiró al suelo, al lado de la manta. Podía oler el acre aroma de su propio sueño, y con un par de pasos rápidos fue del sofá a la puerta del balcón.

En el exterior, el aire estaba saturado de bruma vespertina. Aspiró el aroma del mar y la humedad oculta en la fría calina del Atlántico Norte mientras cogía un paquete de cigarrillos. Estaba caliente y arrugado, porque había dormido con la cajetilla en el bolsillo. Se puso un pitillo en los labios y lo encendió. Se desabrochó los vaqueros y se los quitó con rudeza. Y, después, los calzoncillos. Todo apestaba a humedad y sudor.

El humo brotó de sus labios formando una fina columna. Se deslizó sobre el rostro y el cuerpo desnudo. Matthew se unió con la neblina. «Eres un niño de sombra —le decía su madre de pequeño—. Eres tan pálido que te disuelves en la niebla.»

La calina procedente del frío mar que rodeaba el cabo

donde se levantaba Nuuk se deslizaba a su alrededor. El frío le hormigueaba en la piel y hacía que el fino vello rubio de piernas y brazos se le erizara. La humedad se apropió de él. Expulsó el aire con fuerza.

Tenía problemas para dormir. Sus pesadillas no lo dejaban descansar. Estaban siempre a la espera, y en cuanto se dormía, daban un salto y le hacían pedazos. Noche tras noche. Mes tras mes. La misma pesadilla. Los mismos ojos. En lo más profundo de su ser. La muerte.

El cigarrillo se abrió paso de nuevo entre sus labios antes de que lo apagara en un cuenco de cristal lleno de una masa turbia, producto de la mezcla de cientos de colillas con el agua de la lluvia.

En algún lugar a su espalda sonó el teléfono. Recogió los pantalones y sacó el móvil. Era el redactor jefe.

—¡Hola, Matt, soy yo! ¿Estás listo para el debate?

Matthew se miró el cuerpo desnudo.

—Sí.

—Ahora dan el primer programa, con Aleqa Hammond y Søren Espersen. Acuérdate de verlo. Jørgen Emil Lyberth de IA estará hoy también.

Matthew se dejó caer de espaldas en el sofá, y al mismo tiempo cogió el mando a distancia y encendió la tele.

—Tienes que poner la KNR —farfulló el redactor jefe.

—Sí, sí...

—Quiero un breve resumen de la reunión en la página web justo después del programa. Míu ya está listo para traducirlo, de modo que ponte a ello. ¿Lo tienes ya?

—Sí, sí... Ya lo veo.

—Acaba de empezar. —El redactor respiró hondo—.

Es sobre esa jodida comisión de investigación y sobre los diez millones.

—Ya lo veo —repitió Matthew—. Aleqa está diciendo que lo que hace falta es solidaridad en vez de división. El país debe mantenerse unido y reconciliarse interna y externamente; Lyberth objeta que habría sido mejor gastar los diez millones en arte y cultura en vez de en algo tan caro y en lo que ni siquiera participa el gobierno danés.

—Justo, bien, ya lo ves. Acuérdate de subir algo a la red ahora mismo. Tienes que escribir mientras escuchas, ¿vale?

—Vale, estoy en ello. Cuelgo para tomar notas.

En la habitación se oía la voz de la primera ministra del gobierno autonómico, Aleqa Hammond:

—El problema no son los diez millones, sino que Dinamarca no esté dispuesta a participar. Necesitamos la reconciliación.

—No necesitamos ninguna reconciliación —la interrumpió Lyberth—. Más bien, lo que necesitamos es auto-crítica.

Una tercera voz intervino:

—Toda esta comisión, ¿no será la tapadera de un plan político para ordeñar al Estado danés y sacarle más millones todavía, al tiempo que exigimos mayor grado de soberanía?

—Es justo lo contrario —respondió Aleqa con acritud—. Se trata exclusivamente de hermanamiento y camaradería, pero todavía queda un largo camino por delante cuando lo único que tenemos aquí es un reaccionario más del Partido Popular Danés.

—No es cierto, porque yo también estoy aquí —repuso Espersen de inmediato.

—No está nada claro que Helle Thorning y el resto del gobierno danés no deseen la reconciliación —lo interrumpió Aleqa airada.

—¿Reconciliación? —dijo Espersen—. Si por mí fuera, Dinamarca metería las narices en todos los asuntos de este mundo. Es del todo ridículo que estemos enviando tantos miles de millones sin tener la menor influencia en el uso que se les da. Nunca aceptaríamos que en Bornholm o en Lolland existiera el mismo porcentaje de suicidios, que es el mayor del mundo, o que una de cada tres niñas sea víctima de abusos sexuales.

—En cuanto habla el Partido Popular Danés, siempre se llega al mismo punto —gruñó Aleqa—. Sois simplistas y racistas.

—¡¿Estar en contra de los abusos sexuales a los niños es ser racista?! —exclamó Espersen.

Matthew presionó el botón del mando a distancia y oyó cómo las voces se iban volviendo cada vez más bajas. No necesitaba oír a Aleqa y a Espersen para saber lo que decían, porque era siempre lo mismo.

Acercó el portátil.

El primero de los tres debates políticos previstos entre Aleqa Hammond y Søren Espersen tuvo su punto de partida en las tareas de la comisión de reconciliación, pero enseguida se desvió hacia las malas relaciones entre la presidenta autonómica y el vicepresidente y portavoz groenlandés del Partido Popular Danés.

El texto quedó listo en menos de veinte minutos, y en el preciso instante en que Aleqa, con un gesto evidente de asco, daba la mano a Espersen, Matthew lo envió al traductor para que pudiera aparecer en danés y groenlandés en el periódico digital <sermitsiaq.ag>.

Cuando Matthew había terminado sus estudios de periodismo, pocos años antes, no se imaginaba ni por asomo que acabaría en Nuuk, escribiendo sobre la reconciliación. Sus sueños apuntaban más alto, y estaban marcados por la búsqueda de sensaciones. Con la tragedia, todo se detuvo. Especialmente los sueños. Todo estaba relacionado, todo. Amaba a Tine. Soñaba con una familia. Con Emily. Pero tenía que ser todos juntos. Como una unidad.

Matthew cerró los ojos. Quizá era justo eso lo que buscaba en Nuuk, entre los fantasmas de su padre, de Tine y de Emily: romperlo todo y encontrar una manera de salir de entre los pedazos, hasta que la oscuridad de su interior se lo tragase. Algo nuevo. Olvidar la vida. Salvaje y sin totalidad.

Volvió al sofá y se dejó caer. Los gritos de la pesadilla se abrían paso a mordiscos dentro de su mente. Notaba en los dedos la curvatura del vientre. Se frotó los ojos. Era tarde, pero esa noche no lograría dormir mucho, la pesadilla lo estaba esperando. La luz cubriría la ciudad durante toda la noche. Casi con seguridad, la niebla se levantaría. Acercó la bolsa del ordenador y metió la mano en uno de los bolsillos, donde encontró unas cuantas fotografías viejas.

Fue mirándolas una a una y dejándolas a su lado en el sofá. Todas las fotos estaban estropeadas por los largos viajes entre sus dedos. Algunas las guardaba desde la adolescencia. Las de su padre eran las más antiguas. Se toma-

ron en la base aérea de Thule, y en todas ellas vestía de uniforme, menos en una, en la que estaba sentado con la madre de Matthew en un restaurante de aspecto militar. El padre sonreía. Los dos sonreían. Su madre, con el barrigón. Una de las imágenes no era una fotografía propiamente dicha sino una postal. Enviada desde Nuuk en agosto de 1990. «No voy a poder ir a Dinamarca tan pronto como pensaba —ponía—. Lo siento. Os quiero.»

Matthew pasó un dedo por las letras. Aquellas palabras eran lo único que conservaba de su padre. La tarjeta había llegado unos meses después de que Matthew y su madre regresaran a Dinamarca.

La última foto que pasó entre los dedos era la de Tine. Sonriente, sentada, mirándolo. Esa sonrisa tan franca se debía a que ese mismo día habían sabido que serían padres de una niña. Incluso la habían visto en la ecografía, en la consulta de la comadrona. «La llamaremos Emily —dijo Tine—. Emily. Y cuando sea un poco más grande que mi barriga, le leeré *Cumbres borrascosas*.» Él amaba a Tine. Ella lo amaba a él.